



No. 219.

American Legation,

Montevideo, Uruguay,

January 4, 1907.

To the Honorable

Elihu Root,

Secretary of State,

Washington, D.C..

Sir:

I have to enclose herewith clipping, in duplicate, and translation thereof, from EL DIA of December 20, 1906, entitled "The United States and Japan," relative to statement made in Paris by Nakahashi Tokugoro as to war between those two countries.

This article seems to have made a deep impression upon the Uruguayan people.

I am, Sir,

Your obedient servant,

E. O'Brien

Three enclosures:

Clipping, in duplicate, and translation, from EL DIA.

[illegible]

«Para conocer el origen del bushido, hay que remontarse al principio fundamental del budismo, dice Yamamoto, á la impersonalidad de los seres contingentes, á su estudio pleno y completo y llegar á la iluminación. Desde ese momento las nubes de la ilusión y del error se disiparán, la verdad brillará como el sol y la luna, el verdadero sentido de impersonalidad contingente será comprendido; y una vez que se halla llegado á ese punto, no podrá vacilarse en el cumplimiento del deber y del reconocimiento hacia los cuatro grandes beneficios». Tal es el punto de partida del bushido: doctrina de la impersonalidad, del no yo, ó más bien de la dependencia absoluta del yo con respecto á los cuatro grandes factores en los que debemos existir, y que en lenguaje budista se llaman los cuatro grandes beneficios, á saber: el beneficio recibido de la sociedad ó de todos los seres vivos, el beneficio recibido del principio de los Tres Tesoros.

Los tres capítulos explican en sagrados los cuatro beneficios. En el primero, la fuente de toda moral es el honor a los padres, el honrar padre y madre es el primer beneficio. En el segundo, que se titula «Beneficios recibidos del conjunto de los seres vivos», Yamamoto explica sus ideas de solidaridad social y asegura que todos los hombres son como nuestros padres y todas las mujeres como nuestras madres. El tercer capítulo, consagrado al amor de los reyes, termina así: «Poseído de un temor respetuoso ¿me atreveré á hablar de nuestra dinastía imperial? Los sagrados antecesores de nuestro emperador, en los tiempos remotos de la Edad Divina, fundaron la religión del pueblo japonés al mismo tiempo que creaban todas las tribus que debían formar este pueblo. Ellos son pues nuestros antepasados religiosos, y entre nosotros la fidelidad al principio imperial no se distingue de la fidelidad filial. Creemos en sus oráculos, divinos y eternos; y antiguamente como hoy, y como siempre, el deseo que une todos nuestros corazones es complacer al emperador y servirle. He ahí en su esencia el principio consecutivo que hace de nosotros una nación; —tal es la fuente del bushido japonés, la brújula que debe guiar á nuestra raza». El capítulo consagrado á «Los Tres Tesoros», es una explicación de la fe de los samurays, que en su devoción confunden á los kamis sintoístas y á los budas. Aquí es necesario detenernos también un instante para oír la palabra del apóstol que dice: «Todos los seres están dotados de facultades perfectas pero como se hallan sumidos en la ilusión y en la obscuridad «mumei-nomos»—y no pueden apreciar directamente la ley de «Los Tres Tesoros», todos los budas y los busatsu, todas las divinidades, fundadoras de la religión nacional, en fin, los ocho millones de divinidades, han comprendido esa ley y han tratado por todos los medios de dárnosla á conocer. Para esto han tomado las formas más diversas, han producido toda clase de enseñanzas, nos han obligado á huir de los tres venenos—avaricia, celos, amor—y de las cinco concupiscencias. Los Tres Tesoros han descubierto asimismo la doctrina de la impersonalidad—y las cuatro virtudes: lealtad, piedad filial, bondad y justicia. Y aunque vemos que entre los

INDEX BUREAU
FEB 14 1907
1797
142-143
DEPT. OF STATE
FEB 14 1907
Am. Legation (O'Brien) #218.
Article of Genes Carlisle pub-
lished by the "Ema" on the text
of Nathaniel Tokugoro Director of
the Osaka S.S. Co's remark in Paris
that war between the U.S. and Japan
was inevitable and discussing the
characteristics of the Japanese
race and the traits of the Japanese
"taunt" to which appeal made by the
Japanese press.
(Rec'd. Feb. 12, 1907.)
B.S.D.

[illegible]

hombres unos veneran á los Kemis, divindades sintoístas, y los otros adoran á Buda, esos nombres diversos designan, en realidad, una sola y misma cosa. La religión de los Kemis y la de Buda son idénticas. ¡Contad, si podéis, cuántos millones de años hace que nosotros, pobres seres vulgares, nos vemos colmados de los beneficios y de las misericordias de todos los Kemis y de todos los Budas!»

Con este discurso termina la parte teológica de nuestro manuscrito. Veamos ahora la conferencia en que Yamaota trata la historia del sentimiento caballeresco de su nación. Sus primeras palabras al entrar en materia, son las siguientes: «Si estudiamos con respeto las leyes naturales que rigen el cielo y la tierra, y si á la luz de esas leyes recorremos la historia de nuestro país, tendremos que reconocer que el Japón es un país divino, cuya constitución no tiene igual en el mundo. Al principio los abuelos imperiales transmiten sus órdenes á la posteridad y fundan una dinastía eterna. Desde entonces millones y millones de hombres dan al universo el espectáculo de la hermandad perfecta.»

Las páginas siguientes no son ni menos orgullosas ni menos entusiastas. El caballero japonés es un adorador fanático de las virtudes de su raza, de las bellezas de su suelo, de la grandeza de sus principios. Desde la más fabulosa antigüedad todos los samurayes ven su origen en mitos milenarios de lealtad y de honor. En el momento de la creación del país encontramos á Ameno Koyamelo Mitoko y á todos sus gerretos, inclinándose, á pesar de su origen divino, ante el jefe de la nación. ¿No constituiría aquel acto el principio del bushido? Yamaota cree que sí, y exclama: «Antes que el cielo y la tierra se separaran uno de otra, el bushido existía ya en germen. Por eso puede llamársele la vía moral del pueblo japonés. Sin embargo, con las mudanzas del tiempo se formó una casta de hombres llamados bushidos—caballeros—los que con su conducta ejemplar y sus grandes hechos esparcieron un grandísimo esplendor. Durante el curso de los siglos, ningún enemigo profanó este suelo sagrado, ningún competidor trató de derribar la dinastía primitiva establecida por el cielo, por lo que en vano

se tratará de buscar una constitución más bella que la nuestra, y de ello es buena prueba el culto con que el pueblo ha obedecido religiosamente á los oráculos divinos, y la admirable unión de los corazones de todos los súbditos del emperador. El origen de nuestra raza reposa en la inmensa justicia celeste, y desde lo más alto á lo más bajo de la escala social reina el más sincero amor, de tal suerte que podríamos comparar este espectáculo á un campo de lirios acariciados por las brisas primaverales. Medid ahora á cuanta distancia se queda detrás de nosotros la moral de los demás pueblos».

Pero no creáis que para Yamaota, entre esas clases sociales que han hecho la grandeza del país, todas merezcan igual admiración. Las que cultivaban las letras se corrompieron pronto en medio de la vida sedentaria, y llegaron á no pensar sino en obtener honores y dignidades. No así el samuray, el bushido, el hombre de armas que desde tiempos inmemoriales supo unir la bondad á la energía, la fiereza á la veracidad, la fidelidad á la franqueza, la sencillez al orgullo, la benevolencia á la justicia. Todo esto es, en parte, obra de la raza, y en parte, obra de la influencia religiosa del budismo, del sintoísmo y del confucionismo. «Esas tres religiones—dice mi manuscrito—alientan las cinco grandes virtudes: lealtad, piedad filial, justicia, honor y valor, que son, por decirlo así, el temperamento natural del pueblo. El budismo, sobre todo, ha sido un poderoso auxiliar de ese progreso. Sería muy largo citar todos

los detalles de las enseñanzas que por esas religiones, nuestros emperadores la religión, que es digno de decirlo: por lo tanto limitaré á poner ante vuestra vista un artículo de la constitución redactada por el regente Shotoku Taishi y promulgada hacia el año 600 por la emperatriz Suiko:

«Lo que ante todo se debe respetar—dice—son «Los Tres Tesoros», á saber: Buda, la ley de los bonzos. El fin último de las cuatro vidas, tal es la mejor religión de todos los pueblos. Toda edad, todo hombre que no honra la ley, vive en el mal. Pero aunque practique la religión, si no se atiene á «Los Tres Tesoros» ¿cómo podrá corregir sus defectos? Nosotros, los ciudadanos de este país, ¿cómo no hemos de obedecer á esas sabias enseñanzas?»

Después de estas explicaciones, Yamaota entra de lleno, sin dejarse distraer de sus aficiones teológicas, en la parte más interesante de la historia del bushido, ó sea en la época agitada que siguió á la gran división de los partidos en el siglo XVI y que no terminó sino hace unos cincuenta años, gracias á la restauración imperial. Creo, pues, que debo dejar hablar al historiador mismo y contentarme con observar sus discursos en lo posible.

«Las rivalidades—dice—entre las dos ramas de la dinastía imperial—la del norte y la del sur—y el cisma de sesenta años que siguió á ellas—siglo XIV—proporcionaron al bushido una nueva ocasión de demostrar su fidelidad y su lealtad.

Kusunoki y Nitta vivirán en la historia como los tipos más perfectos de fidelidad al emperador legítimo. Los dos fieles bushidos sólo se dejaban guiar por su amor á la justicia y al honor, sin conocer otros móviles para sus acciones. Ningún obstáculo pudo jamás desviarlos de esa línea de conducta. Sacrificaron siempre al deber sus intereses personales. El bushido tratándose de defender una causa justa, no temía la ruina; y los honores y las riquezas adquiridos á costa de una mala causa, le parecían despreciables. En aquella época la educación tenía algo de maravilloso. Después de los Minamoto el ideal se elevó, creyéndose que el perfecto samuray necesitaba, como complemento, una educación refinada. En la época de los Hojo y de los Ashikaga, se vieron florecer muchas escuelas de tiro de arco y de equitación, y la más célebre entre ellas fué la de Ogasawara. De ese tiempo data también el adagio: «Hama wa sakura, hito wa bushi—la flor, por excelencia, es el cerezo; el hombre, perfecto é ideal es el caballero.—Las acciones humanas tienen una resonancia eterna, pues están sometidas á la ley de la retribución y sus consecuencias, buenas ó males, son fatales. La guerra civil, llamada de Ojin—1167-1168—es un excelente ejemplo. Por olvidar la verdadera vía y caminar por perdidos senderos, el país fué víctima de disensiones intestinas. La terquedad y el orgullo de dos familias rivales—Hosokawa y Yamana—trastornaron esta gran familia que se llama la patria. Es adagio vulgar: este mundo flotante es juguete de todas las vicisitudes. Otro proverbio debo citar y es: Siguiendo la vía del verdadero caballero, el imperio estará en paz; apartándose de ella, la ruina es inminente.

Un tercer proverbio dice: En la guerra aparecen los héroes y la piedad filial se manifiesta mejor cuando la casa emprobece. No negaré que gracias á la guerra civil el samuray adquiere experiencia y su posición social también se eleva. La vía es inmortal. Por eso no existe enemigo capaz de vencerlo y nadie puede substraerse á su regla. Vienen, en fin, los héroes como Hideyoshi y gracias á su bravura las nubes reconcentradas en el horizonte se disipan, la serenidad aparece de nuevo en el cielo del imperio y más tarde unas ligeras ráfagas desvanecen las últimas nubecillas, permitiendo

el sol y a la luna brillar con todo su esplendor. Entonces aparece el que el pueblo llama Toshoga, el príncipe que ilumina el Este santo, el sabio Tokugawa Ieyasu, el kotoko viviente. Ieyasu—1542-1616—fue, en efecto, un hombre excepcional. Como político, como educador y como creyente, no tuvo tacha, pues siguió siempre por regla de conducta la gran vía del pueblo, y si llegó al shogunato, no hay que buscar la razón de ello más que en la forma perfecta con que practicó el bushido. Señor de la provincia de Mikawa en un principio, sus rentas eran escasas, mas la pobreza no asustó nunca al caballero. Ieyasu, no por ser pobre tomó los caminos tortuosos del engaño, y el temor no ejerció influencia ninguna en su espíritu. Por lo demás, todos los caballeros japoneses adquirieron sus honores por haber seguido la gran vía, e Ieyasu es un ejemplo patente de ello. Este ponía todo su empeño en enseñar a sus samurayes las tres religiones combinadas: sintoísta, confucionista y budista. Los exhortaba sin cesar a las prácticas de las virtudes: lealtad, respecto filial, justicia, valor y honor, poniendo siempre de acuerdo su conducta con sus preceptos y siendo el primero en dar el ejemplo de las virtudes que aconsejaba. Elevado al shogunato, se inspiró siempre en los mismos principios; y a las virtudes de diligencia y economía unía una gran educación literaria y moral; en una palabra, Ieyasu tomó de la ciencia y de las letras el espíritu caballeresco. Por eso Ieyasu es considerado como el verdadero y perfecto japonés, que supo reunir en su persona el conjunto de las mas acabadas y mas bellas virtudes. Estas virtudes las transmitió a sus descendientes, pudiendo decirse que desde Ieyasu hasta su último sucesor Keiké, la historia del bushido es una serie de maravillas.

Llegamos por fin a la importante época de la restauración imperial, 1867. Se equivocarian gravemente los que creyeran que ésta se operó súbitamente y que causas lejanas no la habían preparado. Para resumir en una sola palabra la causa principal de esa grande obra, es suficiente decir que se la debe al «bushido»; sin embargo, esta asercion es demasiado sumaria para explicar bien su pensamiento. Así, pues, voy a entrar en algunos detalles. Como el poder se hallaba enteramente entre las manos de la clase militar y los «samurayes» gozaban de la confianza del pueblo, los imbécies, no viendo más que ese poder, se olvidaban hasta de la existencia de la autoridad imperial. Debo decir que en efecto, el poder imperial aparecía muy disminuido en aquella época; sin embargo, no había descendido tan bajo como en los tiempos de Hojo ó de Ashikaga, tiempos en que ya Hideyoshi pensaba en una restauración. Pero cuando los Tokugawa subieron al Shogunato, el sentimiento de respecto hacia la familia imperial tomó nueva fuerza. Mitsukuni, nieto de Ieyasu—1622-1700—hizo escribir la historia de Japon, «Dai-Nihon-Shi», en la que se manifiesta su veneración por el emperador. En ella se ensalzan las hazañas de Kusunoki Masashige—siglo XIV—y Mitsu-Kuni le hizo elevar un monumento—1692—en los bordes del Mtsu-gawa, para recordar al mundo uno de los grandes ejemplos de fidelidad al emperador.

Kaibara Ekiken al descubrir esa tumba perdida entre rocas, no pudo contener las lágrimas recordando tantas virtudes allí enumeradas. Los sabios y los guerreros de aquella época pensaban en la restauración imperial, y los mismos daimios, a cuya cabeza se hallaban Satsuma y Shimazu, empezaban a agitarse. El imperio daba inequívocas señales de desconcierto, cuando de pronto se supo que buques extranjeros entraban en nuestros puertos. Todos los hombres de corazón se alarmaron.

«¿Como permanecer mudos y los brazos cruzados ante esos «demonios blancos»? ¿Mientras estas iban a sufrir la vergüenza de una invasión enemiga? Este pueblo, cuya historia no tiene ejemplo en el mundo y que se levanta orgulloso entre los mares de Oriente, iba a ser víctima del extranjero?... ¡No! Estaban allí sus caballeros.

«¡Oh maravillosa ley del bushi! ¿Qué hicieron esos esforzados varones ante el peligro supremo? Su misión era de tal suerte ardua que la forma en que la cumplieron hacía dudar a las gentes vulgares si aquellos

hombres eran unos locos ó unos bravos».

Pongo punto a este interesante fragmento de las conferencias históricas de Yamaoka, porque aun me queda por leer una de las páginas más interesante de su trabajo: la que se refiere al Japon de hace veinte años que comenzaba a adoptar, en asuntos militares más que en todo métodos europeos.

He aquí lo que dice en resumen esa página:

«Más tarde el bushido japonés se encontró en contacto con los países europeos que más han progresado en las ciencias y por este contacto se le supone algo debilitado desde el punto de vista caballeresco. ¿Se deberá esto a que la multitud de negocios y ocupaciones son cada día más absorbentes? Es indudable que esa razón existe; mas yo creo que la causa es otra. Ved, por ejemplo, al león, al rey de los animales: ninguno otro puede resistirle y, sin embargo, a esa fiera puede matarla, como vulgarmente se dice, un gusanillo que viva en su cuerpo. Esto mismo puede decirse de nuestro Japon. Apenas se ha puesto en relación con los pueblos extranjeros para adquirir su ciencia, cuando lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto es importado entre nosotros sin descanso, y sin discernimiento, lo que es lo mismo que si hubiéramos introducido en nuestros cuerpos un gusano venenoso. Nosotros no sabemos elegir lo que más nos conviene. Tomamos lo que mejor pueda alimentarnos, lo que podamos digerir. Pero si encontramos algo a que nuestra constitución nacional no pueda adaptarse, apresurémonos a rechazarlo aun antes de que aparezca en nuestros mares».

Así terminan las conferencias sobre el bushido que los japoneses consideran como su biblia sentimental. El autor, Yamaoka, murió en 1888, cuando aun su patria no había llamado la atención del mundo con sus grandes guerras. Si hubiera vivido veinte años más, habría visto que el decaimiento del espíritu bushi que se notó al principio de la era moderna no fué sino un miraje lastimoso. Poniéndose trajes europeos, los capitanes nuevos parecieron menos grandes que aquellos otros cuyas corazas de laca y de oro brillan en las leyendas. Pero el cambio era superficial. En el fondo, los actuales samurayes han sabido hacerse dignos de figurar al lado de los Yorimoto y de los Hideyoshi. En la guerra con Rusia vencieron. Ahora se trata de algo más grave. ¿Serán vencidos? En todo caso, si caen, caerán heroicamente, como los guerreros de las estampas.

E. GOMEZ CARRILLO.